

especial para El Norte, edición del 20 de febrero de 1990

El extraño caso del doctor Nava

miguel ángel granados chapa

*no se publicó la envíe a Monterrey* OK

Salvo un cataclismo --o minucias nacidas de la mezquindad-- este fin de semana habrá un candidato único de la oposición al gobierno de San Luis Potosí. Partidos tan distantes entre sí, por estilos y doctrina como el de Acción Nacional y el de la Revolución Democrática, o como este último y el Demócrata Mexicano, se unirán en una coalición, con todas las desventajas que una conjunción de esa naturaleza representa para su propia identidad y vinculación con los electores, todo con la elevada mira de reforzar las posibilidades de los partidos minoritarios, para contribuir a terminar con el régimen de partido de Estado.

¿Quién es el personaje capaz de construir una coalición de ese género, y que posibilidades reales tiene de cumplir su objetivo?

Se trata del doctor Salvador Nava Martínez, un oftalmólogo --él prefiere llamarse oculista, acaso porque la otra denominación le parece pedante-- de 76 años de edad, que ha dedicado casi la mitad de su vida a encabezar el más importante movimiento cívico que haya florecido en nuestro país en los decenios recientes.

Definir su posición política es fácil, aunque él mismo se rehuse a ser encasillado en algún cajó ideológico. Es un demócrata independiente, dotado de un innato sentido de la justicia y capaz de concertar fuerzas disímbricas y hasta encontradas.

Su familia fue determinante en la creación de su conciencia social. Miembro de una antigua estirpe potosina, su abuelo fue liberal y su padre un médico chapado a la antigua --en el buen sentido de esa expresión--, que practicaba una filosofía elemental, sintetizada en el letrero que sus pacientes leían, seguramente con alivio, en su consultorio: Precios según el cliente.

Esta justicia distributiva, practicada a escala personal, está en la esencia del pensamiento de Nava. Pero también lo está la independencia y el culto por la libertad. Por esa razón no fue extraño que junto con sus hermanos, principalmente el mayor, Manuel, participara de modo principalísimo en la lucha

contra el cacicazgo de Gonzalo N. Santos, a mediados de los años cincuenta.

Santos fue un caso típico de revolucionario enriquecido. Cercano a Obregón y practicante de una relación extraña con Calles --de complicidad a veces, de distanciamiento oportunista otras-- fue miembro del Congreso durante todo un decenio --entonces estaba permitida la reelección ininterrumpida de los legisladores--, y jefe de una de las fracciones dominantes en las Cámaras. Hombre dado a la violencia, fue acusado de varios asesinatos, dos especialmente notorios pues sus víctimas fueron inermes estudiantes. Uno de ellos, Fernando Capdeville fue ultimado directamente por Santos, como lo reconoce él mismo en sus memorias atribuyendo el hecho a un asunto personal, de orden sentimental. El otro joven victimado fue un dirigente vasconcelista, Germán de Campo, que cayó abatido después de uno de los muy concurridos mítines que en ~~1928~~ 1929 eran parte de la campaña electoral de Vasconcelos. Enemigo jurado de esta causa, Santos fue señalado naturalmente como autor de este homicidio, lo que le traería graves consecuencias treinta años más tarde.

Después de que el general Saturnino Cedillo fue muerto tras el intento de rebelión contra el ~~gobierno~~ gobierno cardenista, su ~~x~~ espacio como señor feudal en San Luis Potosí fue llenado por Santos, que se hizo elegir gobernador en 1943, ~~tras una~~ aunque después de concluir su mandato en 1949 continuó gobernando a través de Ismael Salas, que había sido su tesorero y lo reemplazó como gobernador formal, y de Manuel Alvarez, un gallero amigo suyo, al que por un accidente pedecido en la práctica de su oficio, apodaban El tuerto. Este era el gobernador cuando los hermanos Nava quedaron a la cabeza de un movimiento cívico generado por el hartazgo potosino contra el santismo.

El centro de la lucha navista inicial fue la Universidad local. A pesar de todos los pesares, Manuel Nava, profesor de la escuela de medicina, fue elegido rector, y desde allí encabezó diversas expresiones ciudadanas contrarias a Santos. Sin embargo, un padecimiento cardiaco lo privó de la vida cuando ape-

nava/3

nas sobrepsaba el medio siglo de edad. La bandera que él había enarbolada fue tomada por el segundo de los hermanos, Salvador, que a la sazón era miembro del PRI, en cuyo seno presidía la federación de profesionales.

Nava tenía gran popularidad. Como oftalmólogo, prestaba sus servicios a su clientela particular, pero también era parte de la incipiente medicina social, que entonces estaba a cargo de sindicatos o de las empresas a través de medidas de previsión social, pues el Instituto Mexicano del Seguro Social apenas iba expandiéndose por la República. Ferrocarriles Nacionales de México, la American Smelting and Refining Company (Asarco), que operaba las minas de la región, y varias empresas textiles, contrataron al doctor Nava para que atendiera a sus trabajadores de sus problemas visuales. Como él propio médico recuerda, eso lo puso en contacto con las necesidades y aspiraciones de ese importante sector, que constituyó la base inicial de su movimiento, al que después se incorporarían segmentos de clase media y alta de la capital potosina.

Sabedor de que era necesaria la participación política para luchar frontalmente contra el santismo, el doctor Nava buscó ser postulado por su partido para la alcaldía de San Luis, en 1958. Pero precisamente el santismo fue el obstáculo para la designación ~~XXX~~ deseada. Entonces, Nava organizó la Unión Cívica, un amplio movimiento en torno a cuyo, en que figuraron personas que fuera de esa circunstancia no tenían filiación política, pero también panistas y comunistas, fiados de la respetabilidad del médico al que con su trabajo y con su voto convirtieron en presidente municipal, no obstante el desliece de ~~XXXXXX~~ abundantes recursos en su contra.

Poco antes de las elecciones, sin embargo, había estallado la violencia. El 20 de noviembre de 1958, al desalojar la policía a los navistas --ya para entonces se les llamaba así, con el apellido de su líder--, un niño, hijo de un ferrocarrilero, fue muerto, por lo que los comicios, realizados el 7 de diciembre, tuvieron lugar con un crespón de luto. Los intentos gobiernistas por evitar el triunfo del navismo se vieron frustrados, no sólo porque la fuerza de ese movimiento se manifestaba incontenible, sino también porque una

semana antes había tomado posesión el nuevo gobierno federal, presidido por Adolfo López Mateos. Este había sido vasconcelista en sus mocedades, había padecido por lo tanto los embates del santismo y a pesar de que ahora eran miembros del mismo partido, aquel recuerdo y la necesidad política de todo nuevo Presidente de afianzar su propio poder, condenaron a la muerte al santismo. Todavía se recuerda la sentencia lanzada por López Mateos contra el hombre fuerte de San Luis, ante la protesta popular, durante su campaña, por hacerse acompañar de Santos: "Los caciques duran hasta que los pueblos quieren".

Teniendo como pivote la movilización navista en pos del reconocimiento de sus triunfos electorales, el gobierno federal defebestró al gobernador Alvarez, El tuerto, con lo que se inició la derrota del cacicazgo. Al nuevo presidente municipal de San Luis correspondió, a su turno, acabar con una de las más evidentes y groseras prácticas engendradas por el caciquismo: sin que mediara razón formal alguna, el ayuntamiento potosino pagaba a Santos una cantidad mensual, cien mil pesos de aquella época, que acaso equivalgan a unos trescientos millones de la actualidad, como verdadero tributo de vasallos a su señor. ¡Y para colmo, se le enviaban a su finca en Tamuín! Naturalmente, el nuevo ayuntamiento, elegido a partir de una planilla independiente, cesó el pago de tan onerosa prebenda, y eso aparte constituir una señal de dignidad republicana liberó recursos para las obras y servicios públicos de que estaba tan urgida la capital potosina.

Pero la ~~XXXX~~ muy meritoria tarea municipal realizada por el gobierno navista no se debió sólo a la disposición de mayores medios materiales, sino también al clima de cordialidad que el gobernador interino Francisco Martínez de la Vega, que había sustituido a Alvarez, pudo establecer en la entidad, en el primer momento de coexistencia de un gobierno estatal priísta con una media docena de alcaldías independientes --pues el navismo se extendió fuera de la capital--. Pero sobre todo, el ayuntamiento 1958-61 prosperó por la decidida participación

